

Cocaína

Massimo Carlotto
Gianrico Carofiglio
Giancarlo De Cataldo

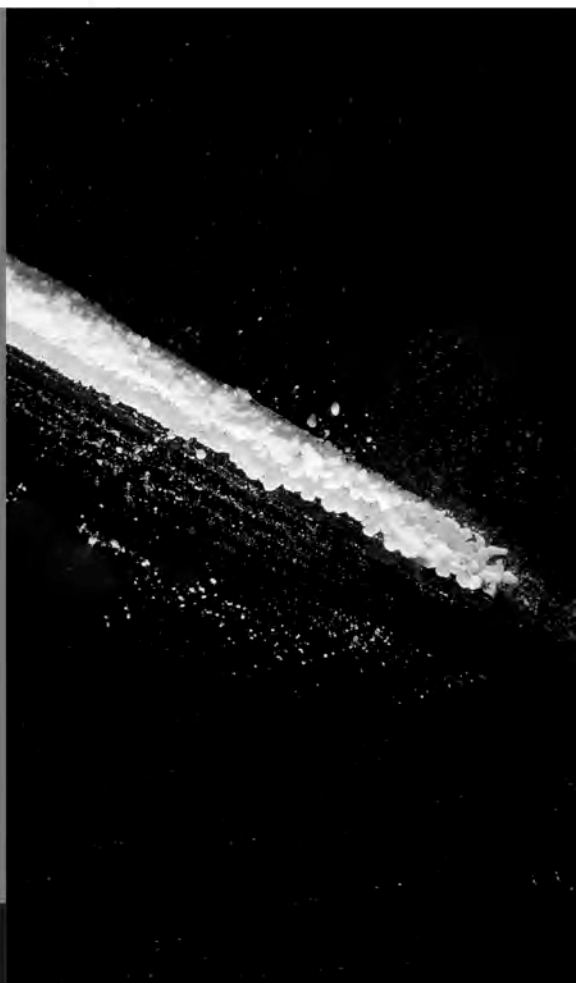
Tres magníficos relatos
policiacos sobre el
universo de la cocaína.

«Una gran oportunidad
para disfrutar con tres
extraordinarios talentos
literarios y para examinar
bajo una nueva luz un
fenómeno social en
imparable expansión.»

Lettera 43

Traducción
Nicolás Pastor

INCLUYE E-BOOK



Cocaína

La pista de Campagna
Massimo Carlotto

La velocidad del ángel
Gianrico Carofiglio

El baile del polvo
Giancarlo De Cataldo

Cocaína

La pista de Campagna

Massimo Carlotto

La velocidad del ángel

Gianrico Carofiglio

El baile del polvo

Giancarlo De Cataldo

Traducción de Nicolás Pastor

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

La pista de Campagna

Massimo Carlotto

El inspector Campagna se acercó al coche patrulla. Los dos agentes no perdían de vista a los curiosos, que se arremolinaban tratando de averiguar por qué había aparecido la poli en aquel apartamento del viejo gueto de Padua a la hora del aperitivo. La mayoría eran estudiantes y empleados que bebían spritz en grandes vasos de plástico. Unos minutos antes llenaban los locales de la zona, pero la voz se corrió deprisa. El inspector Giulio Campagna también estaba tomando una copa con unos amigos en una plaza cercana cuando recibió la llamada de Damiano Pinamonti, el colega que dirigía la operación.

—Giulio, sólo hemos encontrado trescientos gramos.

—Buscad mejor. Mi confidente era de fiar.

—Échame un cable —susurró Pinamonti—, por favor.

Campagna resopló y masculló una maldición. Despachó lo que le quedaba de vino y salió seguido por las burlas de sus amigos. Los paduanos son maestros en el arte de tomar el pelo. Al inspector no le tocaba asistir al registro y su llegada daría a entender que era él quien había servido el soplo en bandeja de plata, lo cual no era deseable porque podía delatar la fuente. Lo único que empujaba a Campagna a abrirse paso entre los curiosos era que Pinamonti estaba encadenando un fracaso tras otro, como si aspirase a convertirse en el mejor candidato para acabar sepultado en una oficina. En realidad, sólo era un buen policía con una mala racha. Todo el mundo tiene malas rachas, la diferencia es su duración: en su caso empezaba a ser escandalosa.

Uno de los agentes dejó de mirar el escote de una chica.

—Siempre de servicio, Campagna.

—Así hago carrera más rápido —replicó tirando la colilla.

Los dos policías rieron con sarcasmo. Hacía ya tiempo que Campagna había jodido su carrera, tenía suerte de que no lo hubieran echado todavía. En más de una ocasión, el jefe de la Brigada de Estupefacientes tuvo que empeñarse a fondo para evitar lo peor. El inspector tenía una predisposición natural a meterse en líos porque se pasaba por el forro las reglas y las jerarquías. Pero era honrado y capaz. No soltaba el hueso hasta que no tenía el caso cerrado. Según la opinión general era un tipo excéntrico y algo majareta. En realidad, eso era lo que Campagna pensaba de sí mismo.

Le guiñó el ojo al agente que estaba de guardia en el portal y enfiló las escaleras como una exhalación.

El apartamento estaba recién reformado. Olía a pintura y a cera para parqué, los pocos muebles eran de un gusto pésimo. Lo más probable es que nadie viviera allí. Una base operativa en pleno centro donde los camellos recibían órdenes y retiraban la cantidades demandadas. Un continuo vaivén. Su confidente sólo tuvo que seguirlos un par de veces para entender cómo funcionaba. Campagna lo analizaba todo de prisa, como siempre. Entró en una habitación grande y desangelada. Había dos personas sentadas en un sofá con los brazos sujetos a la espalda. A juzgar por su expresión, les habían apretado bien las esposas. Los dos trapicheros le dedicaron una mirada aparentemente distraída, pero ya habían clasificado a Campagna como madero.

—¡Aquí estás! ¡Por fin! —exclamó su colega, nervioso; le mostró una bolsita de plástico transparente que contenía unos trescientos gramos de heroína—. Estos cabrones no quieren hablar.

—¿Quiénes son? —preguntó el inspector.

En realidad lo sabía perfectamente, sólo quería interpretar su papel de inocente recién llegado. El comisario le siguió la corriente.

—Los tunecinos que revoloteaban por el apartamento —respondió; luego se acercó a los dos detenidos y le soltó una bofetada al primero— y no quieren decirnos dónde guardan lo demás.

—No hay nada más —farfulló el segundo, que se ganó una patada en la espinilla.

—¡No te pases de listo, capullo! —gritó Pinamonti.

Campagna se paseó por el apartamento. Tras el registro, los muebles y electrodomésticos parecían hechos con piezas de Lego. La droga no estaba allí, así que debía hallarse en algún escondite construido durante la reforma.

Apartó al comisario y le informó de su conjetura.

—No puedo derribar estas paredes —dijo Pinamonti.

—¿Quién es el dueño?

—Una tal Milvia Tiso, lo compró y lo arregló para alquilarlo. Mil ochocientos al mes.

—¿Qué sabemos de la señora?

—Está limpia.

—¿Está casada, tiene hijos?

—Marido.

—¿Has fisgado por ahí?

El comisario se pasó la mano por la cabeza.

—¡Joder, no se me había ocurrido! ¡Me cago en la puta! Últimamente no doy una.

Campagna lo agarró del brazo.

—No te dejes dominar por el pánico, Damiano, enseguida arreglamos esto.

Cogió el móvil y llamó a comisaría. La llamada terminó en pocos minutos.

—El marido de la propietaria es tunecino, del mismo pueblo que uno de los cabroncetes del sofá.

El inspector se acercó al sofá.

—¿Quién de vosotros es Abdessalem?

El de la izquierda movió la cabeza.

—Soy yo.

—Hemos ido a buscar a tu paisano Dawoud —anunció Campagna—, así que en este preciso instante empieza la carrera para averiguar quién es más listo: el primero que hable saldrá bien parado.

El otro fue más rápido.

—En el vestíbulo, la pared de la derecha —dijo con un fuerte acento francés—. Yo sólo vendo en la calle, la heroína la trajeron ellos.

Su socio lo miró estupefacto antes de freírlo a improperios. Unos policías los separaron para evitar que se mataran a cabezazos.

El zócalo ocultaba un agujero de por lo menos tres metros que contenía un montón de tubos con tapones de rosca.

—¡Aquí está! —exclamó aliviado el comisario—. Cinco kilos como mínimo.

—Seis —lo corrigió Campagna golpeándolo suavemente en la espalda—. ¡Bravo! Y ahora organiza una rueda de prensa para el jefe, así recuperas puntos.

Pinamonti trató de encontrar palabras para agradecerse, pero el inspector ya se alejaba. Se abrió camino entre los curiosos y volvió a la cantina a tomarse un par de copas más.

Luego se encaminó a su casa, donde lo esperaban su mujer y su hija. Depositó la pistola y la placa en un cajón y fingió haber dejado el trabajo en la puerta. Giulio Campagna no era un hombre atormentado ni resignado. Se dejaba

los cuernos con dignidad en infinidad de situaciones complejas sin permitirse el lujo de pensar que las cosas mejorarían. Y la familia era una de ellas. Amaba con locura a Gaia e Ilaria, las dos mujeres de su vida, pero a veces eran como un grano en el culo del que necesitaba evadirse. Bebía y engañaba a su mujer de la misma forma: con moderación, sin darle demasiadas vueltas. Lo hacía y punto.

Esa noche, después de reírse durante la cena con las historias de su hija de dieciséis años, que había sobrevivido a una excursión escolar a Venecia, se plantó frente al televisor con Gaia decidido a tragarse cualquier mierda que le echaran y concederse una noche de sueño.

Pero el móvil empezó a sonar. Era la melodía reservada a los colegas. Su mujer ni se inmutó: sabía demasiado bien lo que significaba estar casada con un agente de la policía antidroga. Él, en cambio, observó el móvil largo rato antes de responder.

—Ha llegado el iraní —anunció la subinspectora Annina Montisci—. Acaba de entrar en el restaurante chino del polígono industrial.

—¿Estás segura?

—Sí, date prisa.

Campagna volvió a vestirse listo para interpretar de nuevo su papel de inspector y veinte minutos más tarde entraba en un parking. Annina salió de la oscuridad. Parecía una de las muchas jóvenes que estudiaban en la universidad. Nadie habría podido pensar que era policía con ese peinado y esas gafitas de metal. Pero era una gran policía, y muy ambiciosa. A diferencia del inspector, ascendería rápidamente. Campagna se divertía chinchándola.

—¿Has avisado a algún compañero? —preguntó.

—¿Bromeas? Esta detención es nuestra.

El inspector rio y la abrazó.

—Eres mi preferida, Annina.

Ella se desasíó.

—Quizá porque soy la única que trabaja contigo.

—¿Qué está haciendo nuestro amigo?

—Está comiendo. ¿Tú has cenado?

—Sí, ¿y tú?

—No.

—Entonces te acompaño, a ver si el iraní ha quedado con alguien.

Era un local enorme repleto de gente, como uno de esos bufés libres de las metrópolis sudamericanas: precio fijo, barato, y podías llenarte el plato las veces que quisieras. Con la crisis funcionaba a las mil maravillas y la calidad no era desca-
radamente baja. La subinspectora sació su apetito, Campagna se limitó a una cerveza. Encontraron una mesa cerca del iraní, que ya estaba tomando el postre. Lucía un aspecto tranquilo. De vez en cuando miraba a su alrededor con discreción. Se sentía seguro y Campagna no alcanzaba a comprender por qué: lo buscaban por tráfico internacional de estupefacientes y cargaba con una condena de ocho años todavía sin cumplir. No era un pez gordo, pero sí un reincidente, y es lo que iba a ser el resto de su vida. Conocía a muchos como él. Para ellos, la cárcel era un mero bache en su carrera: una vez cumplían la condena lo más probable es que volvieran a las andadas.

—¿Lo pillamos fuera? —preguntó Montisci.

Campagna señaló una familia con la barbilla.

—¿Quieres asustar a los niños?

La agente se encogió de hombros.

—Nuestro querido Mohammadreza es un tipo tranquilo, se dejaría arrestar sin montar una escenita.

El inspector se ocultó tras el menú.

—Mira quién viene por ahí.

Ella apenas se volvió.

—¡Joder! Es Floriani.

—En persona.

Treinta años, alto, delgado, pelo largo, de aspecto descuidado, parecía uno de esos tipos que viven del cuento y aprecian las drogas. En realidad, Giacomo Floriani era un superintendente de la policía. Y de los buenos. Se lo veía poco por la comisaría porque pasaba la mayor parte del tiempo en los lugares más recónditos de la ciudad tras la pista de algún traficante.

—Vámonos —dijo Campagna.

—Y así es como se echa a perder una detención —rezonó Annina decepcionada—. Y mi noche se va al carajo. No nos vendría nada mal un poco de coordinación.

El inspector se dirigió a la caja seguido por la subinspectora Montisci. Su compañero, que no se había dignado a mirarlos, se sentó en la mesa del prófugo y entabló una apacible conversación.

Lo esperaron en el coche de la agente fumando con las ventanillas bajadas. La primavera se acercaba y las temperaturas nocturnas empezaban a ser menos ingratas. La puerta del local se abrió y la luz del rótulo iluminó el rostro de Floriani. Annina bajó del coche para dejarse ver.

—¿Estáis aquí por el iraní, verdad? —preguntó Floriani acomodándose en el asiento trasero.

—Exacto —respondió Campagna.

—Podéis agarrarlo, ya no me interesa. Está intentando colocar una partida de opio.

—¿Opio? —preguntó Montisci—. Pero si es un producto minoritario, no me consta que en Padua haya un buen mercado.

—Mohammadreza está huyendo y necesita dinero —intervino el inspector—, si se ha rebajado a vender mercancía anticuada significa que no durará ni dos días más en el sector.

—Yo también lo creo —dijo Floriani abriendo la puerta—. Nadie se fía de un maleante. Si lo enchironamos le hacemos un favor.

—¿No quieres participar? —preguntó la mujer.

—No me interesa lo más mínimo, sólo es un don nadie —respondió con desprecio antes de desaparecer en la oscuridad.

—¿Y nosotros qué somos? ¿Sus basureros? —preguntó agriamente Montisci.

Campagna no respondió, pero se quedó meditando en silencio sobre el comportamiento de su compañero hasta que vieron salir al iraní, que se acercó a una bicicleta, el medio de transporte preferido por los camellos de Padua. El tipo se agachó para abrir el candado de la cadena y un segundo después tenía a los dos policías a su espalda.

—Estás detenido, Mohammadreza —anunció Campagna.

Oyendo que lo llamaban por su nombre, el iraní renunció a enseñar el pasaporte falso (que, por otro lado, le había costado bastante dinero) y se dejó esposar sin oponer resistencia.

Annina lo cacheó, extrajo un pequeño ladrillo del bolsillo de la chaqueta de pana y lo olfateó.

—¿Opio?

El hombre asintió.

—Mezclado con hachís es una verdadera delicia para la mente y el espíritu, mi querida señora —dijo en tono solemne.

—¿Has oído, Giulio? —preguntó la mujer jovialmente.

—Resulta que nuestro amiguito es un delicado filósofo —señaló el inspector con sorna—. De momento pagará esta «delicia» con tres añitos de vacaciones a costa del Estado.

—Puede que colabore —intervino Annina—, y así la pena se reduce mágicamente.

El iraní sonrió resignado.

—Muy señores míos: siento defraudarlos, pero tengo una reputación que mantener.

Campagna lo cogió del brazo.

—Lo sé. Por eso no perderé tiempo interrogándote, de eso se encargará el magistrado. Voy a llevarte a comisaría y luego volveré a casa. Tú, en cambio, irás a una celda de aislamiento, un bonito calabozo que no limpian desde hace un par de años.

A la mañana siguiente, Campagna se lo tomó con calma y se presentó en la oficina con una hora de retraso.

—¿No te ha sonado el despertador? —preguntó Pinamonti en voz alta simulando que le importaba.

—Había quedado con un confidente —replicó el inspector.

—Es verdad, ayer me lo comentaste —mintió el comisario—, lo había olvidado completamente. De todas formas, el jefe lleva buscándote desde que ha llegado.

Es decir, cinco minutos antes que los demás.

—¿Sabes qué quiere?

—Sí, y no te va a gustar.

—¿Debería preocuparme?

—No lo sé, a mí me parece una tontería de administración ordinaria.

—Mira que hablas raro, Damiano —protestó Campagna, y fue a llamar a la puerta del «doctor», como lo llamaban todos en ese lugar.

El jefe de la Brigada de Estupefacientes era un tipo joven, elegante y eficaz. No había llegado a sentar su culo en aquella poltrona lamiendo los de otros o enchufado por el mandamás de turno. Giorgio Lopez era mejor que los demás. También sabía desenvolverse con diplomacia en las situaciones más delicadas y jamás en detrimento del personal a su servicio.

Golpeteó el índice sobre una página del *Mattino di Padova*.

—Lee esto, Campagna.

El inspector giró el periódico y ojeó el titular: «Padua, capital véneta del consumo de cocaína».

—Ya sabemos que aquí todo el mundo esnifa, trafica, inverte y se enriquece gracias a la coca —comentó el inspector ligeramente sorprendido—, sólo los políticos, amén de consumirla con alegría, fingen no saber que es una batalla perdida.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces? ¿Nos resignamos? —preguntó el superior arrepintiéndose de inmediato de haberse aventurado en esa dirección precisamente con Campagna.

—Sólo podemos contener el fenómeno combatiendo a las mafias; hay demasiados consumidores —respondió el inspector con un tono entre polémico y sabihondo—. El verdadero problema es la heroína. Si la cosa sigue así, volveremos a encontrarnos con las calles llenas de yonquis. En Padua fue muy duro, se lo aseguro, algunas calles parecían pavimentadas con jeringuillas.

—¡A mí qué me cuentas! Yo estaba en Milán —dijo Lopez molesto—. Lo que tú no puedes hacer es venir aquí a hacer de sociólogo, ¿entiendes? Hay cosas que no se pueden pensar mientras se viste el uniforme.

Campagna estiró los brazos.

—Le ruego que me perdone, hasta hace un momento pensaba que estábamos en el planeta Tierra.

—No te pases de la raya, Giulio —lo reprendió Lopez—. Más de un compañero se ha quejado de tu conducta. ¿Hace cuánto que no detienes a alguien? No me refiero a arrestos por trapicheo, sino por posesión de cannabis.

—Poco a poco están despenalizando el consumo en todas partes —se defendió el inspector—, aquí también sucederá. Es inútil fastidiar a la gente que se fuma un porro.

Lopez suspiró.

—No tienes ni idea de lo afortunado que eres —dijo en voz baja—. Siempre te has cruzado con jefes que te han cubierto las espaldas; es el único motivo por el que sigues siendo policía.

El inspector se relajó.

—La verdad es que es que soy un buen tipo —se atrevió a decir con una media sonrisa—. ¿Por qué no me devuelve a la Antirrobos?

El jefe hizo oídos sordos, cogió un expediente y se lo tendió.

—A partir de hoy te ocuparás exclusivamente de la cocaína.

Campagna abrió la primera página y se encontró de frente con un rostro que conocía bien, quizá demasiado. Palideció y tragó saliva con más fuerza de la que habría querido. Roberto Pizzo, alias Roby. Él, en cambio, lo llamaba Pizzo desde que, siendo sólo unos niños, se habían hecho amigos jugando al fútbol en las afueras de Padua. Y la amistad duró años. El problema era que Pizzo traficaba con coca y él lo había protegido en varias ocasiones.

El inspector volvió a cerrar el expediente.

—No me meta en esto, jefe.

—Lo lamento —replicó su superior—. Estamos listos para detener a tu amigo y a su banda de desgraciados, pero tienes la posibilidad de que esto no perjudique demasiado a tu carrera.

—¿Cómo?

Lopez abrió el expediente y buscó una foto que arrojó a las manos de Campagna.

—Y a éste, ¿lo conoces?

—No, no lo he visto nunca.

—Se llama Tinko Boev, es un mafioso búlgaro y ha puesto en marcha un negocio de coca de dos mil kilos por cargamento, justo aquí, en Padua.

El inspector empezaba a atar cabos.

—Y a usted le interesa el búlgaro, obviamente, no un camello de poca monta como Pizzo.

—Me interesa acabar con su organización, así «contendremos el fenómeno», como dices tú. Tu amigo puede sernos útil, y quien es útil nos puede hacer un favor y un favor siempre se devuelve.

—Comprendo.

—Eso espero, Giulio, porque el razonamiento vale también para ti. Se acabó eso de hacer siempre lo que te sale de los huevos: en ese expediente pone que has protegido a una banda de narcotraficantes.

—Dicho así parece otra cosa, pero la realidad es bien diferente. Y usted lo sabe, si no ya me habría echado hace tiempo.

—Pero tal y como lo pintan ahí no te dejan muchas opciones —apuntó Lopez—, te estoy dando la oportunidad de arreglar las cosas, intenta no mandarlo todo a la mierda.

—¿Y quién dirigirá el equipo? ¿Pinamonti?

—No habrá ningún equipo, esta vez estás solo.

Campagna miró fijamente a Lopez; después se adueñó del expediente.

—Apuesto a que en cuanto me lo lea descubriré el motivo de este solitario encargo.

El jefe meneó la cabeza.

—Te equivocas de nuevo. No te estoy encargando nada oficial: el comisario Pinamonti cree que vas en busca de nuevos confidentes y ese informe lo has encontrado quién sabe dónde, porque aquí nadie vuelve a poner los papeles donde estaban después de consultarlos.

—Ya, esto es un desbarajuste —confirmó Campagna.

Sonó el teléfono y el inspector saludó con un rápido gesto de la mano.

Campagna se precipitó hacia su escritorio. Se moría de ganas de leer el artículo. Al cabo de una hora ya lo había entendido todo. En la banda de Pizzo debía de haber un confidente al que Floriani tenía agarrado por los huevos. Eso explicaba la actitud descortés y arrogante de su colega la noche anterior: estaba convencido de que hablaba con un poli corrupto. Gran parte de la culpa la tenía Pizzo, quien, de forma torpe e irresponsable, había presumido de que un policía le cubría la espalda. La voz se había corrido rápidamente agigantándose de boca en boca, tanto que al final Campagna había quedado como un cómplice de Pizzo que a fin de mes se llevaba su parte.

La situación no era trágica desde el punto de vista legal, pero sí desde el disciplinario. En cuanto el delator testificara delante del juez, su carrera se iría al garete. El doctor Lopez tenía razón: debía resolver el asunto. Campagna también tenía parte de culpa, pues no había creído que la banda de Pizzo mereciese investigación alguna, no sólo porque eran unos pelagatos en el mundo del hampa, sino también porque, en

ciertos aspectos, eran socialmente útiles. Una opinión que el inspector había evitado subrayar frente a Lopez u otros compañeros, pero de cuya exactitud se había convencido en cuanto abrió aquel expediente.

De todos modos llevaba demasiados años en la policía para no entender que había algo turbio en toda esa historia, porque ese secretismo era realmente exagerado, incluso para un capo de la mafia búlgara como Tinko Boev.

Volvió a llamar a la puerta del jefe, que lo recibió con una sonrisa ambigua.

—No te salen las cuentas, ¿verdad?

El inspector meneó la cabeza.

—No logro entender por qué tenemos que dar caza a una banda de mafiosos de un modo tan aparatoso. Y no me diga que es sólo para salvarme a mí.

El doctor Lopez abrió un cajón del escritorio y extrajo una fotografía. Campagna vio en ella el rostro de un cuarentón en uniforme.

—Se llamaba Marcello Mantovani —le explicó su superior—. Fuimos compañeros de curso, un buen chaval. Tenía dos críos.

—¿Se lo cargaron los búlgaros?

—El mismísimo Boev. Lo sé porque recibí un soplo que no puedo utilizar en su contra. Pero estoy seguro, totalmente seguro, de que fue él quien apretó el gatillo.

—Y ahora nosotros ajustaremos las cuentas, cueste lo que cueste.

—Veo que lo vas entendiendo.

—Perfectamente.

—Entonces no hace falta que me mantengas informado.

Campagna asintió, pero se que quedó mirando fijamente al jefe.

—¿Qué pasa? —preguntó Lopez.

—Yo no he hecho nada malo —dijo—. Desde que la cocaína empezó a propagarse se abrió la veda y un montón de gente intachable se enroló en las bandas criminales. Es entonces cuando un policía tiene que escoger entre los triturrables y quienes no merecen terminar en el trullo, ya sea porque son menos peligrosos o porque se han convertido en confidentes valiosos.

—No tienes que justificarte, Giulio —lo atajó su superior—. Sé perfectamente que la cocaína es una manteca que te pringa en cuanto la rozas y que nosotros tenemos que improvisar cuando todas la reglas se han roto, pero tu error fue cubrir a la banda de Pizzo por puro capricho, sin provecho alguno para la policía a la que, por cierto, perteneces.

—Incluso usted ha admitido que sólo son unos desgraciados.

—Pero si esos desgraciados no me son útiles y cometen delitos, yo tengo la obligación de mandarlos al calabozo. Te equivocaste, Giulio, empieza a darte cuenta.

El inspector se levantó. Estaba confuso y abatido. Salió del despacho de Lopez sin saludarlo. Recogió sus cosas del escritorio, se puso el expediente bajo el brazo y buscó a Pinamonti, que en ese momento interrogaba a un marroquí al que habían pescado con cincuenta gramos de coca. Los magrebíes se habían convertido en los camellos de muchas mafias.

—No te había visto nunca, ¿para quién coño trabajas? —preguntaba al tipo esposado en la silla.

El otro masculló una sarta de nombres tan vagos como superfluos. Pinamonti lo mandó a freír espárragos y se volvió hacia el inspector.

— ¿Qué tal ha ido con el jefe?

— Bien, empiezo enseguida — murmuró evitando mirarlo directamente.

— No te aproveches, Giulio, no te esfumes que ya nos falta personal.

El inspector subió a su coche y fue directamente a las Colinas Euganeas, donde se comió un plato de tallarines y un bistec. Pidió también medio litro de tinto de la casa y enjuagó la taza del café con grapa, como habían hecho siempre su padre y su abuelo. Una tradición familiar que terminaría con él porque... su hija era abstemia.

Bajó de nuevo a la ciudad, se metió en un cine y eligió una película al azar. Dormitó un poco mientras seguía devanándose los sesos en busca de la forma menos dolorosa e ilegal de complacer a todo el mundo y salvar su jubilación. No consiguió encontrarla. Si quería desmantelar el grupo de los búlgaros, vengar el asesinato de su compañero y seguir siendo policía, los demás pasaban a la categoría de sacrificables. Recordó las palabras de Lopez. Su jefe tenía razón, ahora debía afrontar todo aquello de otra forma.

Volvió a casa a la hora de cenar y aparentó una normalidad rutinaria. Se fue a dormir pronto porque Pizzo era un camello particular con una clientela que lo obligaba a ser el más madrugador de la ciudad.

Campagna salió poco antes de las cinco de la mañana y se unió a la columna de coches que avanzaba hacia la zona industrial. El tráfico antes habitual en aquella carretera había desaparecido. La crisis golpeaba sin piedad una región donde muchas compañías, oliéndose la llegada de tiempos difíciles, se habían trasladado a Rumanía, Moldavia o China.